La última mesa

El mozo había levantado todas las sillas menos la de su mesa. Clara todavía tenía medio vaso de cerveza y el teléfono boca arriba, al lado del posavasos. Cada vez que se encendía la pantalla, levantaba un poco la mano. La apoyaba de nuevo cuando veía que era la hora.

De los parlantes venía un órgano bajo, con un vaivén que se perdía cada vez que pasaba el colectivo. Afuera ya habían apagado el cartel de la farmacia. En el vidrio, Clara podía ver las mesas del bar con más claridad que la vereda.

Había venido para escuchar el mensaje que le había dejado su hermano. Duraba once segundos. Se había servido la cerveza, había contestado dos correos y hasta había buscado cuánto se podía conservar un limón cortado en la heladera. Por fin, se puso el teléfono en el oído.

—Encontré la caja de las fotos —decía él—. ¿Te acordás de quién es el perro que está al lado de papá en la de Mar de Ajó?

Clara había creído que iba a preguntarle cuándo pensaba ir a ayudar con el departamento. Desde que había muerto su papá, cada conversación entre ellos empezaba por una cosa que había que resolver. Lo volvió a escuchar. Al final del mensaje se oía cómo su hermano daba vuelta la foto.

Ella se acordaba del perro. Se había acercado a la sombrilla una mañana de viento y su papá le había dado la mitad de un sándwich. Después los había seguido tres cuadras. En la foto, él tenía una mano abierta junto a la rodilla. Durante años Clara había pensado que era un gesto para que el perro se quedara quieto. Ahora se acordó de que le estaba dando el último pedazo de pan.

Grabó una respuesta. La borró cuando se dio cuenta de que había empezado a hablar del departamento.

El mozo pasó con el trapo y le preguntó si podía limpiar la mesa de al lado. Clara corrió el bolso para dejarlo pasar. Cuando volvió a agarrar el teléfono, se rió sola. Acababa de acordarse de que su papá había pasado el resto de las vacaciones llamando al perro con el nombre de su hermano.

Le mandó un audio de casi dos minutos. Antes de enviarlo, estuvo a punto de eliminar el silencio largo que había quedado en el medio. Lo dejó. En el bar, mientras ella buscaba cómo seguir, todavía sonaba el órgano.